



HOMENAJE A DON RAFAEL LAPESA MELGAR

Estimados socios:

Queremos que el homenaje a D. Rafael Lapesa en nuestra página tenga carácter permanente. Para ello, les invitamos a que envíen su propio texto, que se incluirá en esta sección.

El funcionamiento es muy sencillo. Escriban lo que deseen y envíenlo como correo electrónico al administrador de esta página ([juan.sanchez\[arroba\]unine.ch](mailto:juan.sanchez@unine.ch)), indicando simplemente en el asunto "Homenaje a Lapesa". Su texto aparecerá publicado en breve.

Don Rafael Lapesa

M^a Teresa Echenique Elizondo

Se nos ha ido Don Rafael, nuestro Presidente de Honor, nuestro maestro querido y venerado. Los medios de comunicación han recogido exhaustivamente su excepcional trayectoria académica y han subrayado en forma unánime su vocación universitaria. No podía ser de otro modo. Don Rafael dedicó su vida a la docencia y a la investigación filológica, con entrega, entusiasmo y hasta con pasión, y asumió disciplinadamente cuantas tareas ingratas le reportó su condición de filólogo ilustre. Impartió sus clases impecablemente, con el rigor que todos conocemos, pero también con mucha alegría, pues acostumbraba a acompañarlas de citas literarias que recitaba con energía y, cuando la ocasión lo propiciaba, también con gran sentido del humor. Dirigió más de ciento veinte Tesis Doctorales y publicó trabajos que duplican ampliamente esta cifra.

En Valencia recordamos hoy más que nunca que nació aquí, y aquí vivió hasta los ocho años. Su último viaje a su ciudad natal lo hizo en la primavera de 1991 (después de pedir contundentemente que no se dijera nada a la prensa, por los muchos problemas que por entonces le causó la cuestión lingüística valenciana); en aquella ocasión, de camino hacia el Rectorado, al ver de pronto el edificio de la Universidad, recordó que, siendo niño, su padre le decía en el mismo lugar: "esta es la Universidad, templo del saber", y se sentía sobrecogido por ello. Después preguntó dónde estaba el Parterre; una vez en él, evocó aquel día de Reyes en que hubo de volver a casa sin el balón regalado ("una gran pelota de colores") que, con vigor infantil, lanzó de un puntapié hasta dejarlo enganchado en la estatua de Jaime I. Era una forma de recordarnos a todos que también él había sido niño.

Aunque su padre tuvo sucesivamente dos colegios en la Comunidad valenciana, en Villareal y Sueca, su formación de los primeros años la recibió en casa, principalmente de sus hermanas, que eran mayores en edad. Ya en Madrid, el Instituto Cardenal Cisneros contó con el privilegio de tenerle entre sus alumnos, y desde entonces se sintió siempre muy vinculado a la capital de España. En la Universidad Complutense cursó sus estudios de Filosofía y Letras, y en ella se doctoró en 1931 con una Tesis rescatada para la letra impresa hace apenas dos años por la Universidad de Sevilla.

En septiembre de 1927 se había incorporado al Centro de Estudios Históricos madrileño, que marcó profundamente su vida académica y personal. Allí conoció a la que había de ser su esposa y compañera inseparable, Pilar Lago, al tiempo que cimentaba su personalidad científica, docente e investigadora, junto a sus venerables maestros a los que guardó afecto y fidelidad que ahora son ya eternos. Su perfil filológico partió del doble magisterio de D.Ramón Menéndez Pidal y de Américo

Castro, reconocido y destacado por él en numerosas ocasiones, si bien no ocultó su deuda hacia otras insignes figuras de la Filología Hispánica.

La llegada de la guerra civil le apartó de todo cuanto se había ido construyendo en torno a sus maestros y le condujo a erigirse en solitario eje orientador del estudio histórico integral.

En la Universidad Complutense ha llegado a ser "Don Rafael", denominación que resume toda la admiración y afecto que le profesamos sus alumnos. Quienes hemos sido discípulos directos suyos queremos llevar impresa en la frente esa condición, pero interiormente sabemos que él jamás hizo distinciones y que apreció por igual a todos cuantos se interesaban por el mundo filológico en su sentido más literal.

Su legado en la Historia de la Filología y del Pensamiento Hispánicos está aún por estudiar. Ahora que ha comenzado a hacerse unánime el reconocimiento a su obra y a su persona, es hora de continuar por esa senda. Descanse en paz Don Rafael, el maestro de todos.

Maestro excepcional.

Maestro excepcional

M^a Teresa Echenique Elizondo

(Artículo publicado en el periódico Levante, 2 de febrero de 2001, como colofón a una página completa de información sobre Rafael Lapesa)

El perfil de Rafael Lapesa, a quien hoy llora la Universidad, partió de un doble magisterio académico. De Menéndez Pidal, con quien trabajó en el Centro de Estudios Históricos madrileño, aprendió la superación del positivismo e idealismo reinantes en la lingüística europea del momento, reflejada en su magistral Historia de la lengua española, manual que ha servido de guía a una legión de estudiantes, así como en sus Estudios de morfosintaxis histórica del español publicados recientemente en forma conjunta gracias al trabajo realizado por el equipo de Historia de la lengua de la Universitat de València, en colaboración con la Universidad de Sevilla. Por otro lado, trabajó en su primera juventud en la Universidad Complutense de Madrid al lado de Américo Castro, apasionado maestro de la historia y la literatura españolas, de quien heredó una pasión no menor por el trabajo filológico.

Pero tan decisivo en su vida universitaria como sus orígenes académicos fue para Lapesa la llegada de la guerra civil, que le apartó de todo cuanto se había ido construyendo en torno a sus maestros y le llevó a constituirse en solitario eje orientador del estudio histórico integral. Su aportación en este campo se ha caracterizado por un gran rigor metodológico, dentro de una concepción de raíz humboldtiana, y su legado filológico, aún por estudiar, es de un alcance excepcional en la historia de la filología y del pensamiento hispánicos.

Con Rafael Lapesa se nos ha ido, además, un valenciano de nacimiento y de corazón. Hasta los últimos años ha recordado con gran afecto la ciudad en la que nació y vivió, la Comunidad en la que su padre tuvo dos colegios privados (sucesivamente en Villarreal y Sueca), la niñez en la que aprendió frases como "tanca la porta", que le han acompañado a lo largo de su dilatada vida, o aquel día de Reyes en que hubo de volver a

casa sin el balón regalado que, con vigor infantil, lanzó de un puntapié hasta dejarlo enganchado en la estatua de Jaime I del Parterre.

Su trayectoria académica es hoy motivo de recuerdo en los medios de comunicación, pero quizá no se transmita con la suficiente contundencia que Lapesa ha sido un profesor excepcional de la Universidad española por su dedicación a las tareas docentes. Cuantos hemos tenido la fortuna de ser sus alumnos no sólo hemos asistido a clases magistrales de historia de la lengua o a seminarios en los que nos transmitía los modos rigurosos de la investigación filológica (que él, a su vez, había aprendido de sus maestros de la Institución Libre de Enseñanza), sino, sobre todo, hemos tenido el modelo del profesor que todo universitario desearía llegar a ser. Descanse en paz.

Adiós a Lapesa

Rafael Cano Aguilar

(Artículo publicado en El País de Andalucía, el 7-02-01)

Ha muerto Rafael Lapesa. No sé a cuántos de los lectores de este periódico su nombre les dirá algo. Imagino que a muchos. Desde luego, a los que estudiaron alguna carrera humanística o filológica les vendrá el recuerdo de un manual, la Historia de la lengua española ("el Lapesa", según la eterna jerga estudiantil), en el que de forma nítida y clara, exhaustiva y abarcadora, se entraba en todos los avatares que le han sucedido a nuestra lengua, desde sus más remotos antecesores hasta la vitalidad actual que la adorna, desde los tortuosos caminos que recorrieron sus sonidos, sus construcciones gramaticales, sus palabras... hasta el entorno de guerras, conquistas y poblamientos, de glorias y de miserias, que acabaron determinando su situación actual.

Pero para algunos de nosotros Rafael Lapesa era mucho más que el autor de un manual imprescindible en nuestra carrera. Era (¡cómo me cuesta emplear este maldito pretérito, imperfecto porque evoca la muerte!) nuestro maestro. Digo "maestro" en su sentido más pleno, en ese sentido que la burocracia docente prefirió olvidar en favor de complejas denominaciones, pero que gracias a ello, descargado de lastres funcionariales, pudo recobrar su dimensión más humana. Maestro de saberes, pero también, y sobre todo, de vida, de actitud. Y todo ello con su simple presencia, con la actitud verdaderamente humilde de quien no quiere molestar pareciendo que sabe más o se comporta mejor que quienes, alumnos, nos convertíamos en sus discípulos. Era la vieja sabiduría esencial, hoy casi perdida, de quienes bebieron en las aguas que manaban de la Institución Libre de Enseñanza, y constituyeron esa intelectualidad, dinámica, viva, abierta, y honrada, que los vientos de la guerra civil dispersaron por el mundo, aunque algunos, para suerte de quienes nacimos después, pudieron quedarse. Eso sí, el incivil régimen que siguió a la guerra no se privó de sus aguijonazos: Lapesa fue "depurado", acusado entre otras cosas de "ética laica". Aquellos obtusos inquisidores no

podrían entender que, siendo como era hombre de sinceras convicciones religiosas, su insobornable moral se fundara en una dimensión humana que a ellos, pregoneros de boquilla, no podía por menos que golpearles en las conciencias.

No voy a reseñar aquí, no es el lugar, el legado filológico de Lapesa. Pero sí quiero recordar que mucho de lo que hoy es verdad adquirida sobre la historia lingüística de Andalucía salió de su pluma. Los orígenes del seseo y el ceceo, la huella andaluza en América..., esos y otros muchos aspectos de la contribución andaluza a la historia de nuestro idioma fueron vistos por él de una forma que ha quedado como canónica; y ha quedado así porque responde a la verdad de los hechos y porque constituye la hipótesis más razonable, histórica y lingüística, de cómo se constituyeron las formas andaluzas de hablar. Gracias a él, el pasado de Andalucía se conoce mejor: no lo olvidemos.

Hoy, palabras como bondad, sabiduría, honestidad, están un poco más vacías.

Lapesa y el Andalus

Antonio Narbona Jiménez

(Artículo publicado en el diario ABC, el 3-2-2001)

Cuando amanecía el primer día de febrero, se nos fue para siempre Rafael Lapesa, uno de los más grandes filólogos, en el sentido pleno del término, que hemos tenido. Ha muerto un profesor e investigador con igual excelencia, un académico insigne, una persona entrañable a quien discípulos y no discípulos respetaban y querían, sin poder establecer frontera alguna entre ambos verbos. Pero no desaparece su obra, que permanecerá y pervivirá. Los medios de comunicación se han encargado de poner de relieve sus virtudes, entre las que hay que destacar su total honestidad e integridad y su extraordinaria capacidad de trabajo (le gustaba el AVE, decía, porque se podía trabajar durante las dos horas y algunos minutos que duraba el viaje de Madrid a Sevilla). Y también su humildad, en tanto que conocedor de sus limitaciones y reconocido, de manera inmediata, de sus (escasísimas) equivocaciones científicas.

La desaparición de R. Lapesa no afecta sólo a la comunidad universitaria y científica, sino a la sociedad entera, puesto que su quehacer nos beneficia a todos, y todos le somos deudores. No puede decirse que la Universidad de Sevilla, a la que pertenezco, y de la que R. Lapesa, como Doctor Honoris Causa, era miembro, haya sido ingrata con él. Hace tan sólo unas semanas ha aparecido el volumen de Homenaje que le ha dedicado nuestra Facultad de Filología, el último, de los muchos que ha recibido, que ha podido ver. Con anterioridad, la Universidad Hispalense rescató de las sombras su Tesis Doctoral, defendida ¡en 1931! Nada tiene de extraño en una Universidad de la que son Catedráticos de Lengua Española dos profesores directamente vinculados a él, M.

Ariza y R. Cano, y en la que cuantos nos dedicamos al estudio, enseñanza y aprendizaje de las entrañas de nuestro idioma nos sentimos alumnos y seguidores suyos.

Hay, con todo, una deuda de los andaluces en general en la que, me parece, se ha insistido menos. En una época en la que la búsqueda de señas idiomáticas de identidad se orienta a menudo por vías extrañas, bueno será recordar que bastantes de las mejores páginas que sobre el andaluz se han escrito han salido de la pluma de R. Lapesa. Quizás sea el momento de recopilar sus numerosos trabajos, en los que las hablas andaluzas quedan siempre insertadas adecuadamente en la historia del español y en el lugar que le corresponde dentro de su actual diversidad, tanto en la Península como en América.

Sorprende que bastantes de los que hoy tratan de destacar y divulgar lo que caracteriza a nuestro(s) modo(s) de hablar olviden, si olvido es, las palabras con que R. Lapesa inicia en su admirable Historia de la lengua española el epígrafe que dedica al andaluz, palabras que cualquier estudiante conoce. Lo primero -no lo único- que lo distingue del castellano es, dice, "la entonación, más variada y ágil, el ritmo, más rápido y vivaz, la articulación, más relajada, y la impresión menos grave". Sabía lo que decía. Recuerdo que empecé a ponerle voz a Antonio Machado cuando, en una larga comida, en la que se habló de muchas cosas, un no andaluz imitó (¡y qué bien lo hacía!) al gran poeta. Era R. Lapesa. Y les puedo asegurar que no provocó sonrisa alguna. Entre otras razones, porque el gran maestro lo hacía de una forma exacta y mesurada, sin cargar las tintas ni exagerar el tono. Lejos del ánimo de R. Lapesa estaba en todo momento decir una palabra que pudiera molestar a alguien, ni siquiera manchar, aunque fuera de forma inocente e ingenua, la memoria de nadie.

Sé que hacer hincapié en tales rasgos "sabe a poco" a quienes pretenden convertirse en abanderados del andaluz, o de lo andaluz. Como si la prosodia, que es el alma del hablar, fuera sólo "música celestial". Por eso, prefieren insistir en que lo nuestro es pronunciar sapato (para algunos, si en sus manos estuviera, terminaríamos todos seseando), no pronunciar ninguna -s final de sílaba (aunque, a la hora de la verdad, no pueden aclarar si es mejor que desaparezca siempre del todo o quede en ciertos casos algún residuo de ella, y cuál), desalojar pendientes y recuperar zarcillos (por esa regla de tres, por qué no retroceder e imponer cerciello, o incluso el diminutivo latino CIRCELLU, que de ahí viene la palabra), y unas pocas cosas más. De todo eso, y de cuanto pronuncian y dicen los andaluces, sabía mucho R. Lapesa, quien, además, amaba el andaluz. Sólo que su amor nunca estaba, no podía estarlo, por encima del rigor y la verdad científica, como parecen situarse algunos en su casi obsesión por destacar sólo lo que nos separa de otros hablantes de español. Por eso mismo, y porque su delicadeza era exquisita, no condenaba ni rechazaba radicalmente nada, ni, por supuesto, trataba de imponer nada, sabedor de que nadie tiene legitimidad para convertirse en repartidor de credenciales del buen hablar. No es que todo le diera igual ni que pensara que "todo vale". Nada más lejos de la realidad. Pocos se han expresado con más energía contra la vulgaridad y la chabacanería. O simplemente nos ponía en guardia contra las impropiedades que se difunden; se olvida, por ejemplo, advierte, que incordio ha significado siempre 'bubón de mal venéreo'. Y consciente de que la velocidad con que hoy se propagan los usos -y en ello tienen mucho que ver los medios de comunicación audiovisuales- podía rebajar la calidad idiomática, no se cansó de repetir que las prisas y la falta de reflexión no son buenas compañeras a la hora de hablar en público, y que merece la pena no ceder en muchos casos a la invasión de modismos y modas que no tienen justificación. Aunque, eso sí, atento siempre a lo que

ocurre a uno y otro lado del Atlántico, no se precipitaba jamás en sus juicios, y llamaba la atención sobre el hecho de que no todas las quejas de esta orilla, que tiene que dejar de considerarse el ombligo del idioma, sirven para los hispanoamericanos. Y a nada conduce idolatrar cualquier clase de purismo; cuanto se propaga imparablemente de manera general, lo sensato es dejarlo en paz.

Es esta actitud, rigurosa, prudente y equilibrada, la misma que adoptó en todo su comportamiento R. Lapesa, la que deberíamos proyectar todos a la hora de manifestar nuestro parecer sobre lo que es y lo que debería ser, sin confundirnos nunca, y sin olvidar que lo que unos andaluces pronuncian no debe hacer reír, ni siquiera sonreír, a otros andaluces, por más que en algún caso no parezca ajustarse a lo que ciertos abanderados del andaluz pretenden difundir como norma deseable para todos. Lo contrario puede llevar, está llevando, a decir, y escribir, algunas majaderías sobre el andaluz, muchas de las cuales, si no todas, se evitarían si se leyera atentamente lo que R. Lapesa nos ha dejado escrito sobre nuestras peculiares maneras de hablar en español, nuestra lengua propia.

A nuestro maestro Rafael Lapesa

Margarita Porcar Miralles

(Artículo publicado en El periódico mediterráneo de Castellón el 3-2-2001)

Rafael Lapesa, figura insigne de la Filología Hispánica, nos ha dejado apenas comenzado el siglo. Todos los que nos dedicamos al estudio de la lengua y literatura españolas nos hemos sentido profundamente afectados por esta noticia pues era para todos, indiscutiblemente, un maestro. Algunos tuvieron la suerte de disfrutar directamente de su brillante magisterio en la Universidad. Conozco a muchos de estos discípulos, profesores míos también, y siempre me han transmitido su profunda admiración, respeto y cariño hacia don Rafael, investigador incansable, profesor ejemplar y sobre todo excelente persona. A aquellos, como yo misma, que no hemos gozado de ese privilegio, nos ha acompañado siempre su palabra escrita. De ella hemos aprendido y esa enseñanza, desde nuestras aulas universitarias, la hemos hecho llegar también a nuestros alumnos.

Su profundo conocimiento del idioma se ha plasmado en un sinfín de publicaciones, libros y artículos, en los que trazó con minuciosidad y riguroso criterio científico la historia de la lengua española. A ella dedicó la obra más conocida y divulgada de su amplísimo currículum. En mi carrera universitaria no fue sólo un libro de texto imprescindible para ampliar mis conocimientos filológicos. Fue al mismo tiempo un acicate para emprender en ese fascinante ámbito de estudio mi formación docente y mi labor de investigación. Don Rafael, en cada escrito, nos ponía mucho más fácil el camino, nos facilitaba la tarea.

Quiero expresar en estas breves líneas el profundo sentir de toda la

comunidad universitaria y, muy especialmente, de los profesores de Lengua y Literatura Española, por la pérdida de un filólogo universal, de nuestro maestro.

Don Rafael Lapesa, Lingüista, Filólogo, Maestro

José Luis Girón Alconchel

(Artículo publicado en el diario "El Mundo" de Madrid el 2 de febrero de 2001)

Con don Rafael Lapesa ha desaparecido el último de los discípulos directos de Menéndez Pidal, pero su obra filológica ha alcanzado tal envergadura que, sin duda, perdurará como un eslabón cardinal en la historia de la lingüística española. Su Historia de la lengua española, reeditada desde hace décadas, es una referencia obligada para especialistas y lectores en general. Junto a ese libro esencial hay que consignar también sus Estudios de historia lingüística española y El español moderno y contemporáneo. Ningún filólogo antes de Lapesa había producido una obra de tanta extensión y calidad en este campo. El desarrollo de la sintaxis histórica española está directamente vinculado a la figura de don Rafael. Él concibió y proyectó una obra de conjunto que armonizara lo mejor de la tradición neogramática y de la estilística con el estructuralismo, en pleno vigor en ese momento. Y fue elaborando sus diversos capítulos, que se publicaron en forma de artículos en revistas especializadas y misceláneas científicas. El año pasado pudo ver todavía cómo esos artículos eran reunidos en las casi mil páginas de los dos tomos de Estudios de morfosintaxis histórica del español, editados por Rafael Cano y María Teresa Echenique. La figura de Lapesa está indisolublemente unida al Diccionario histórico de la lengua española, una obra monumental que se inició en el Seminario de Lexicografía de la Real Academia Española y que, si alguna vez se termina, será sin duda ninguna un hito irrepetible de la lingüística y la filología españolas. La huella de don Rafael resplandece en el magistral prólogo, en las orientaciones metodológicas y, más oculta, pero no por eso menos brillante, en muchos de los artículos. Fiel a sus orígenes filológicos y a los intereses de su juventud –don Rafael fue uno de los miembros más jóvenes de la generación del 27–, cultivó con pulcritud y penetración admirables la explicación lingüística de textos literarios; su aportación en este campo se recoge en libros como De la Edad Media a nuestros días, La trayectoria poética de Garcilaso, Poetas y prosistas de ayer y de hoy, De Ayala a Ayala, De Berceo a Jorge Guillén.

Desde el punto de vista de la teoría lingüística, la obra de Lapesa significa el engarce armonioso de la lingüística positivista de los neogramáticos y de la estilística de la lengua de Bally con el estructuralismo, que penetra en España a partir de los años treinta y cuarenta. Pero la formación estilística de Lapesa lo llevó a planteamientos en los que el sujeto hablante y su situación comunicativa desempeñan una función primordial, no sólo en el uso, sino también en la codificación del lenguaje. Hoy esos planteamientos están siendo reivindicados por las corrientes posteriores al estructuralismo y al generativismo que tienen como denominador común la inclusión en la teoría lingüística de un componente o de una perspectiva pragmática. Por eso Lapesa es también un precursor. Su obra científica, además, es inseparable de su continuada dedicación a la enseñanza. Pocas veces un maestro ha sido tan maestro en el pleno

sentido de la palabra. Los que hemos tenido el altísimo privilegio de ser discípulos suyos podemos dar testimonio, no sólo de su honda sabiduría, sino también de una ética y una generosidad verdaderamente ejemplares